

RECENSIONES

LA CARTA DE COLÓN, ANUNCIANDO LA LLEGADA A LAS INDIAS.

Crítica histórica, por Carlos Sanz. Madrid, 1957.

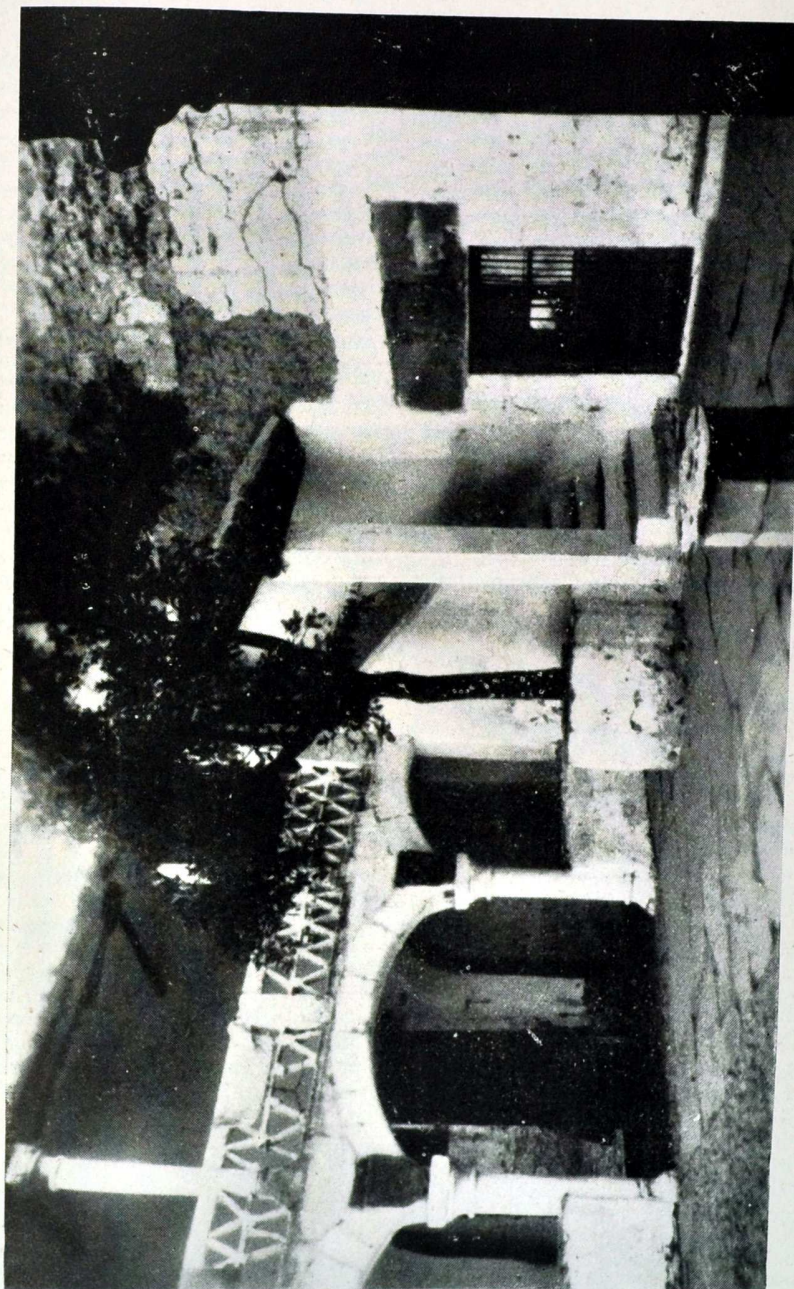
De interés excitante para todo español amante de su estirpe es cualquier obra que se relacione con los viajes de Colón u otros episodios de la gran epopeya americana. Es en esta parte de nuestra historia principalmente donde la confabulación de ciertos países europeos ha logrado falsear el hecho y el comentario hasta edificar un granítico bloque de mentiras casi indestructible, pues apenas hacen mella en él los estudios y las investigaciones de los historiadores honrados de todos los países. Este conglomerado o gigantesca pirámide de insidias ha sido formado en los tres últimos siglos en las naciones que llegaron tarde a la grandiosa gesta de América por autores poco escrupulosos, más acostumbrados a fabricar historia oficial que verdadero trabajo científico, secundados por novelistas y folletinistas atentos únicamente a halagar el sentimiento popular patrio en sus países respectivos, siempre propicio a transformarse en resentimiento. Lo curioso del caso es que de esta pedregosa mole se han alimentado y se alimentan no pocas mentes españolas e hispano-americanas, fenómeno de difícil explicación cuando no se tratase de una raza esencialmente discolora y rencillosa como la nuestra. Para nadie es un secreto que antes que los políticos, los malos historiadores y los novelistas extranjeros coadyuvó a formar la pirámide que en esta ya larga metáfora estamos mencionando, un español de tan fácil pluma como infausta memoria: Fray Bartolomé de las Casas.

Todo lo que se relaciona con la em-

presa de España en América está curiosamente desdoblado en la historiografía europea. Por un lado marcha la historia oficial y popular, apegada indestructiblemente a viejos mitos odiosos y que es la que aflora en los periódicos, en los textos de primeras letras y en las manifestaciones públicas, tales como la clásica mascarada neoyorquina de «Columbus Day». De otro la historia seria, científica, que rechaza estos mitos y se atiene sólo a lo documentalmente comprobado, pero cuya influencia es escasa desde el momento que a estas alturas todavía no ha logrado desterrar la primera del espíritu de los pueblos.

Así pues, esta conferencia pronunciada por el ilustre investigador don Carlos Sanz en la Biblioteca Nacional con motivo de celebrarse el 465 aniversario del primer viaje trasatlántico y publicada en el epitome que estamos comentando, como anticipo a una obra que el autor prepara sobre el mismo tema, lleva en todas sus páginas un subyugante interés para cuantos se sienten atraídos por los problemas de la historia nacional. Se explican en ella los pormenores, los orígenes, la gestación y la difusión de la famosa carta de Cristóbal Colón a los Reyes Católicos, dándole cuenta de la maravillosa hazaña del descubrimiento de las Indias; documento que el autor demuestra fué dado a la publicidad antes de que lo leyeran sus destinatarios los Reyes, por el Almirante y con el objeto de salvaguardar la paternidad de sus descubrimientos.

Cree Carlos Sanz que todavía es posible practicar la «desinfección» de la Historia, emponzoñada por varios siglos de encono y supone que este milagro lo ha de realizar la Bibliografía. Es posible que así suceda, si el ejemplo que él mismo está dando fuera seguido por todos los



ALBUM EXTREMEÑO. — Alcantara: Casa de los Barrantes. (Foto Javier)

historiadores del mundo, comenzando naturalmente por aquéllos que deben estar más interesados en ello, como somos los nacidos en la península o en el continente americano, a quienes se ha de suponer ganosos de proclamar la limpieza de su estirpe. Para Sanz una gran idea sería que la Carta de Colón fuera reproducida hasta en las escuelas de primera enseñanza, para que los pequeños conocieran una versión fiel y auténtica de la epopeya colombina, «the number one of the American History» en frase de ilustres historiadores norteamericanos. Esta conferencia publicada, como promesa de un libro más extenso y profuso sobre el mismo tema, enciende vivos deseos de conocer tal explicación de lo que enjundiosamente aquí se esboza.

POR MIS SENDEROS, por Araceli Spínola de Gironza. Madrid, 1957.

Un nuevo ramillete poético enriquece la producción de esta distinguida escritora. A semejanza de los libros trovadorescos medievales, los poemas que contiene — la mayoría de ellos — vienen precedidos de una ligera presentación en prosa que declara la circunstancia o el contenido de aquél. Hay precisamente una delicada espontaneidad y emoción en estos «impromptus» explicativos cuyo valor lírico iguala y cuya forma supera francamente a la de los poemas a que sirven de pórtico. Estos últimos llenan, no obstante, muchas agradables páginas teñidas de matices populares en «Cantares Extremeños», de patéticos tonos en «Estampas de Pasión», de ternura nostálgica en «Nana» y de graciosa inspiración de «Requiebro» y en las «Dedicatorias».

GOTAS DE ROCIO. — Brisas Veratas, por Felipe Jiménez Vasco. Jaraiz de la Vera, 1957.

Olorosa y fresca como las auténticas brisas veratas, las bravas brisas de la sierra de Gredos, impregnadas de aromas de labiadas, es la poesía de Felipe Jiménez en este nuevo libro de dos títulos

que sin duda supera en mucho a otras publicaciones que conocemos del mismo autor. Como la de Gabriel y Galán, modelo con el que le comparamos otrora y lo volvemos a hacer, pues al parecido se acentúa al perfeccionar la producción, la vena de este poeta es naturalista y popular, sencilla y llena de color como un paisaje impresionista. Posiblemente cabría un trabajo de lima en estos versos con el fin de eliminar algunas expresiones demasiado fáciles o algunos recursos métricos menos loables; pero no sabemos si al hacer este trabajo las composiciones perderían su aire campestre y espontáneo y por ende, su principal encanto.

De entre los treinta poemas que integran estas «Gotas de Rocio», título muy inferior al subtítulo de «Brisas Veratas» que al menos, es eminentemente explicativo, las mejores son las más populares, los cantares y quintillas, algunos de ellos deliciosos.

No cortes las amapolas
cuando vayas a segar
que son labios de españolas
rojos de tanto besar.

«El hijo de mi hermana», «el Santo patrón», «a Juana», «La Vera canta», etc. —; son otras estampas rurales de inspiración castiza y acertada hechura, destacando también el retazo histórico en redondillas, un poco a lo duque de Rivas rústico, con que comienza el libro.

LLUVIA DE ESPINAS. — Por E. José Valdivia y Cabrera. Madrid 1957.

El prologuista de este libro, Román Fontan Lemes, escritor uruguayo, reconoce en su autor «un ajustado y sensato criterio de decir la verdad con amplitud de humanos sentimientos». Esta sinceridad y esta amplia gama sentimental resumen los méritos de las treinta y dos composiciones poéticas que comprende la obra. Anotemos también en su haber un respeto a la métrica, métrica por otra parte sencilla, casi siempre aromanzada y una dicción clara y suave, sin relación alguna con la estilística actual. En todo

Lo demás «Lluvia de Espinas» no supone ninguna novedad sobre las numerosas obras — algunas comentadas ya desde estas páginas — dadas a la estampa por este autor andaluz y de las cuales la presente es una mera prolongación.

ESTUDIOS DE HISTORIA DE CACERES.

Tomo I. — Desde los orígenes a la Reconquista, por Antonio C. Floriano. Oviedo, 1957.

La primera cosa que echa a faltar quien apasionado por los estudios etnológicos, comienza a bucear en los problemas del pasado de la comarca cacereña, es un tratado que sintetice toda su historia, desde los más remotos tiempos hasta nuestros días. La visión de conjunto es la primera que el estudiante o el estudioso deben captar y asimilar, antes de descender a detalles o a períodos. El bosque debe ser contemplado en vista general, antes que cada uno de sus árboles. De otro modo jamás puede alcanzarse una idea clara de las cosas y sobre todo, de las relaciones que las ligan.

Nuestra bibliografía era abundante en trabajos históricos sobre tal o cual época o personaje o en monografías sobre tal o cual tema particular. No existía publicada una verdadera Historia de Cáceres como la tienen algunas otras ciudades españolas, bien bajo el concepto restringido de tales, bien comprendiendo además su comarca o región. El vacío, de nada reducidas dimensiones, lo viene a llenar cumplidamente esta obra que se titula sólo «Estudios de Historia de Cáceres» justificando el autor este concepto un poco restricto con que etiqueta su obra en el hecho de que la capital de la Extremadura Vieja no tiene, por los azares de la Historia una trayectoria continua y bien determinada en todos los siglos pasados, existiendo en ella hiatos y altibajos que impiden el correcto y sucesivo enlace de unos hechos con otros. De todas formas, no entendemos haya inexactitud grande en decir que se trata de una verdadera Historia particular, como se han intitulado otros tratados con menos motivos.

La obra tiene o tendrá cuatro estudios,

repartidos en seis tomos, según anuncia su autor. De ella ha salido hasta la fecha a luz sólo el primero, objeto de esta reseña y que comprende, como ya se puntualiza en la portada, desde los más remotos vestigios de habitación humana en la comarca hasta la fecha en que la ciudad se reincorpora definitivamente a la civilización cristiana bajo el poder de Alfonso IX de León.

Quien conoce otras obras del profesor Floriano, puede conjeturar, antes de abrir el tomo que nos ocupa, que va a encontrar un verdadero tratado sobre la materia, concienzudamente elaborado en cada una de sus partes y en el ensamblamiento de ellas, cosa esta última de la mayor importancia y en la que fallan muchos autores, fallando por este lado el valor didáctico de la obra, cargada a lo mejor, de méritos de otra clase. Otra importante cualidad, que suele menospreciarse en muchos trabajos históricos y arqueológicos, es la forma literaria expositiva. La Historia no es únicamente una ciencia, sino también un arte. Olvidar esto es un error craso que se da con frecuencia en nuestro tiempo. Nunca un historiador, por grande que sea su erudición, por alto que sea su talento crítico merecerá el nombre de tal y una excelencia en su misión, si por carecer de dotes literarias no sabe comunicar a sus discípulos y lectores una idea clara de sus conocimientos. No hará falta traer a colación que los grandes maestros de la antigüedad clásica en esta disciplina de la Historia, Herodoto, Jenofonte, Livio, Tácito, César, eran todos exquisitos literatos. A este respecto, pues, bastará decir que la obra de Floriano se lee con el agrado y fluidez de una composición imaginativa y que las ideas del autor se transvasan al lector de un modo directo y diáfano, cosa que solo logra el maestro que no sólo sabe pensar sino exponer lúcidamente lo pensado. Y todo ello sin que en el texto existan desviaciones ni vaguedades, ni otros recursos que emplean quienes han de rellenar de literatura barata los escasos hitos científicos que han conseguido fijar.

Ya en los terrenos de lo técnico, hemos de hacer notar una particularidad

que resalta en este primer tomo de la Historia de Cáceres. El rigor científico con que todo está tratado lleva al autor algunas veces a una posición escéptica a nuestro modesto juicio un tanto excesiva. Esta postura, es por cierto, perfectamente explicable. La Historia de Cáceres, como por desgracia ocurre en tantas historias particulares españolas y hasta en la propia nacional, ha permanecido hasta hace poco en las mismas condiciones que quedó en los tiempos del Humanismo: horra de crítica, plagada de fábulas y consejas, llena de inexactitudes y de tópicos apasionados, de etimologías ridículas, de latiguillos y palabrerías pseudopatrísticas, etc. etc., que los autores de los tres últimos siglos han ido transmitiendo unos a otros sin hallarse en esta cadena casi nadie que efectuase una criba racional y honrada de tantos mejuerges. En tales condiciones quien quiere componer un tratado de las características del que nos ocupa, casi ha de partir del cero absoluto, es decir, irse directamente a las fuentes pristinas y contemporáneas, dejando de lado todo el voluminoso acervo posterior en el cual cada autor ha ido añadiendo fardos de escoria fabulosa y fabulística. No es extraño que al imponerse como norma de trabajo una rigurosa asepsia se tienda insensiblemente a exagerarla. Mayormente en el caso de don Antonio Floriano tan enamorado de la ciudad; se ve claramente que el historiador escrupuloso ha querido prevenirse contra las desviaciones sentimentales del cacereño nostálgico de su terruño.

El libro deja el sabor de cosa perfecta, sin sobras ni faltas. Se tratan en él cuantos materiales son conocidos hasta la fecha entre los mojones cronológicos que marca el tomo, desde los primeros recuerdos de la Prehistoria hasta la caída del Cáceres musulmán en poder de las armas leonesas, pasando por la fase protohistórica prerromana, y dedidando luego extenso estudio a la noble Colonia Norbensis, que para él se despuebla prematuramente para no reaparecer hasta la época de los califas almohades, bajo su nombre y estructura modernas.

Al final del tomo, que puede ponerse

como modelo de pulcritud tipográfica, se insertan valiosos apéndices que contienen párrafos de las más antiguas fuentes en cuanto aluden a la ciudad, así como documentos originales en versión legible y una copiosa bibliografía.

Esperamos con impaciencia los tomos que faltan de tan interesante y meritoria obra, para los cuales hay hueco reservado en las bibliotecas de todos los extremeños amantes de la cultura.

PREGON DE LA SEMANA SANTA DE BADALONA, por D. Joaquín Buxo de Abaigar, Marqués de Castellflorite. Barcelona, 1957.

En pulcra y bella edición, ilustrada a varias tintas, se nos ofrece una no menos pulcra y bella oración pronunciada por el presidente de la Diputación barcelonesa, con ocasión de las Fiestas de Semanana Santa de la antiquísima BAETULO, hoy emporio industrial y comercial bajo el nombre de Badalona, orgullo de la región catalana.

El Marqués de Castellflorite, aparte de florido garbo de su oratoria ha sabido explicar una lección histórico religiosa de atinados matices, pasando revista al pasado y al presente de la ciudad betulense y extendiéndose en consideraciones sobre el espíritu devoto de la Cataluña vieja, sus monasterios medievales, su arte y sus pías tradiciones. Explica también el especial carácter de las celebraciones de Semana Santa en aquella región, de color muy distinto al de las zonas meridionales de España, pero de idéntico espíritu y liturgia universal acomodada a las nuevas normas de la Santa Sede.

OMAR EL ZEGRI

«FRAY JUNIPERO SERRA», por José Sanz y Díaz.

La editorial placentina «Sánchez Rodrigo» acaba de dar a la estampa el volumen 25 de la interesante colección de biografías «Hijos Ilustres de España» — empeño laudable que ha merecido fran-

ca acogida —, de la que con razón se ha dicho: «En esta obra de divulgación, en que el nombre de los autores es una garantía para el lector, se ha procurado dar nutrido texto, sin incurrir en minuciosa cita de fechas y datos, que hagan pesada la lectura; al contrario, sin apartarse de la verdad histórica, y atendiendo al fin de estos libros, los autores han conseguido darles una sencillez y amenidad que su lectura resulta sumamente atractiva para todo el que quiera recrear su espíritu».

No podía faltar en estas alentadoras y formativas lecturas para la juventud un volumen sobre la obra misionera de España como dedicado a Fray Junípero Serra, del que es autor José Sanz y Díaz, que tiende «a divulgar los orígenes de esta gran empresa misionera y la vida incomparable del seráfico mallorquín, nimbada por la luz de la historia, en forma sencilla y cálida, como lo fué la palabra del esforzado misionero», que nació en la villa mallorquina de Petra el día 24 de Noviembre del año 1713.

Miguel José Junípero Serra —humilde, inteligente y caritativo— tenía deseos ardientes de pisar lejanas tierras y de llevar la palabra de Dios hasta pueblos infieles que no conocieron su santo nombre.

Era de pequeña estatura y enfermizo y tomó el hábito en el Convento de Jesús, en la ciudad de Palma, el día 14 de Septiembre de 1730 y alcanzó el Doctorado en Sagrada Teología.

Fray Junípero sintió desde muy niño la atracción de las rutas ecuménicas, sabía que el acendrado catolicismo español siempre ansió extenderse y propagarse por el mundo; tenía la santa locura de misionar. Fué denominado el «Andarín del Señor».

Méjico es la escuela misionera de Fray Junípero. Una leyenda de santidad se va forjando en torno a este frailecico Francisco, humilde, tenaz e infatigable, que no sólo predicaba y enseñaba a los indios las verdades divinas, sino que, a la vez, los instruía en toda clase de oficios, incluso enseñándoles a leer y escribir en la lengua de Castilla.

Del temple de Fr. Junípero da idea que

aún con ulceraciones en su cuerpo y a pesar de los tremendos dolores físicos que sufría, jamás exhaló una queja, fundando las misiones de San Diego de Alcalá y San Carlos de Monterrey, llegando a recorrer a pie un total de 24.000 kilómetros. La andariega sandalia de Fray Junípero exploró las tierras vírgenes de California Superior, con sus armas: un Crucifijo colgado del cuerpo, el breviario bajo el brazo, el Rosario en la diestra y en la otra mano el cuadrante o la brújula de todo explorador.

Por un poderoso esfuerzo de la voluntad, el débil y setentón evangelista del Mar Pacífico, padre y fundador de la Alta California, aún sostenía en pie su misión hasta que se durmió en la paz del Señor el 28 de Agosto de 1784.

La obra de Fray Junípero Serra no se puede valorar. José Sanz y Díaz ha escrito con fervor una ajustada biografía —de 120 páginas, como todos los volúmenes de la colección— del austero varón mallorquín, recogiendo, en forma asequible a los lectores a quienes va destinada, todos los datos y noticias del fundador de ciudades tan famosas como Monterrey, Los Angeles y San Francisco, las cuales deben a España su nombre y prosperidad.

El libro lleva el retrato del personaje estudiado, trabajo debido al lápiz certero del eximio artista cacereño Antonio Solís Avila.

* * *

«FLORES DE PASIÓN», por Juan Pablos Abril.

El entusiasmo y fervor pasionero del Doctor Juan Pablos Abril han culminado en un libro que recientemente dió a lo estampa: «Flores de Pasión», exaltación histórica, lírica y sentimental de la Semana Mayor de la Iglesia en Cáceres.

Pablos Abril expone en su trabajo que «en España, la Rosa de Pasión tiene pétalos muy diferentes», consignando las notas características de la Semana Santa en Castilla, Andalucía, Levante Cataluña, etc.

«Las Cofradías son las cédulas vivas de la Semana Santa», que hay que nu-

trir y desarrollar con el gran esplendor y fervor de la Semana Mayor».

Con arreglo a esta idea, Pablos Abril dedica su atención a las cofradías y mayordomos cacereños que impulsan el movimiento pasionista y tiene un recuerdo y evocación piadosos para los desaparecidos.

Después formula unas consideraciones en torno a la Santa Hermandad del Cristianismo.

También señala las cualidades de la Semana de Pasión en la próspera ciudad de Cáceres y las concreta en: espiritualidad, cacereñismo y locura por la Semana Santa.

Seguidamente el distinguido cacereño traza un ajustado perfil de cada Cofradía: La Real Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno —que empezó a vivir en el año 1464— con su impresionante imagen que labrara Tomás de la Huerta; la Ilustre y Real Cofradía de la Vera-Cruz —erigida el año 1521— con «pasos» valiosos, entre los que cabe citar la «Dolorosa de la Cruz», réplica de la de Gregorio Hernández, de Valladolid, debida al imaginero vallisoletano Antonio Vaquero; la Real Cofradía de la Soledad y Santo Entierro —constituida en Cáceres el año 1582— cuyas ordenanzas aprueba el insigne Prelado cauriense don Pedro García de Galarza, que fundara el Seminario en Cáceres y al que se debe la magnífica fachada del Palacio Episcopal, celebrando dos Sínodos; la Cofradía de los Ramos, Cristo de la Buena Muerte y Nuestra Señora de la Esperanza, fundada en 1942, con la imagen de la Virgen, réplica de la Macarena, Virgen de Sevilla, obra del escultor cacereño José García Bravo; la Cofradía del Santo Cristo de las Batallas, con la histórica imagen que labrara el artista ciudadrealeño Antonio Arenas, réplica de la que se venera en la ciudad teresiana de Avila, en la capilla de Mosén Rubí de Bracamonte, que llevaban los Reyes Católicos en sus campañas, que acoge a los Caballeros Mutilados, fuerzas de la guarnición, ex-combatientes y ex-cautivos y la Cofradía del Espíritu Santo, que es continuación de aquella antiquísima que existió con igual

nombre y capilla y fué fundada en el siglo XVI en la capilla del Espíritu Santo.

Estas Hermandades tienen su punto de origen en la Orden de los «Frates de Cáceres», fundada el año 1170.

El paso de las imágenes por el incomparable barrio antiguo, por el Arco de la Estrella, por los Adarves cacereños, pareado de armonía, belleza y arte, el fondo y la piedra, es una sorpresa.

En su obra «Flores de Pasión», Pablos Abril canta el espíritu religioso de Cáceres, su religiosidad tradicional y la grandeza espiritual de la Semana Santa cacereña, dejando la debida constancia de la Pasión del Señor en Cáceres, de la demostración de lo que fué el mayor desfile procesional la llamada «Procesión Magna» de 1957 y la unificación de todas las Cofradías, de las nuevas procesiones, de los desfiles emotivos y esplendorosos y de la veneración por las imágenes, de cuanto ha venido a dar la mayor pujanza al movimiento pasionista que se registra en la Alta Extremadura.

Excelentemente presentado, escrito con soltura, con sinceridad y cacereñismo, el libro del Doctor Abril tiene un indudable interés para la capitalidad de Cáceres.

«Flores de Pasión» —que está profusamente ilustrado con magníficas fotografías que ponen al corriente de los momentos culminantes de la Pasión en nuestra señorial ciudad— está avalado por un bien escrito prólogo del Doctor don José Martínez Valero, Vicario General de la Diócesis Coria-Cáceres y Presidente de la Comisión Pro-Semana Santa, en el que elogia la personalidad que «atinó a descubrir hermosa y exactamente, para dentro y para fuera, la emoción singular de nuestra Semana Santa cacereña».

La portada del volumen presenta la nota singular y emotiva del paso de Nuestro Padre Jesús Nazareno por la Plaza Mayor, junto a la cacereñísima e histórica torre de Abub-Jacob, de una monumentalidad única.

«Flores de Pasión», de Juan Pablos Abril, vienen a engrosar la bibliografía pasionista de Extremadura.

VALERIANO GUTIÉRREZ MACÍAS